

CAPÍTULO XXIII

CIENCIAS.

Filosofía.—Alterada como estaba la filosofía neoplatónica por la mezcla de las ciencias cabalísticas y de la teurgia, esperó llegar á su apogeo, merced á la proteccion de Juliano; mas con la vida de éste se desvanecieron sus esperanzas. Continuaba existiendo la escuela en Atenas, academia de lujo en medio de las que tenían un objeto de utilidad, y quedada como una antigua ruina entre instituciones más recientes, desde que las Musas se habían despedido de la patria de Sófocles. La tradición, manantial de los conocimientos de los cabalistas, había sido adoptada por los neoplatónicos, quienes imaginaban una cadena (σειρὰ ἐρημικῆ) de maestros, que se habían transmitido sucesivamente las doctrinas secretas de los sabios primitivos (1). Interrumpida por Constantino, como contraria al cristianismo, fué reanudada por un tal Plutarco, sobrenombrado el Grande, á causa de su habilidad en reproducir las enseñanzas de Plotino, Porfirio y Jámblico.

Inició en sus secretos á Hierio, su hijo, á Arquíades, su yerno, y especialmente á Asclepigena, su hija, que había llegado á ser depositaria del secreto teúrgico.

Esta instruyó á Proclo, que fué también discípulo de Siriano en Atenas, y de Olimpodoro en Alejandria. Iniciado Proclo en todas las sectas (412-485), elevó á su perfeccion el neoplatonismo. Con él parece que murió aquella escuela.

Sustituyóle en la cátedra ateniense Marino de Siria, quien escribió la vida del maestro. Allí demostró que Proclo había llegado al colmo de la felicidad, porque á las cuatro virtudes cardinales que constituyen la sabiduría, esto es, la justicia, la fortaleza, la prudencia y la templanza, jun-

tó en su persona las cualidades físicas de la salud, de la bondad de los sentidos, de la robustez y de la belleza.

Proclo había explicado los misterios de la ciencia á Egias antes de la edad permitida; pero este hizo tan poco caso de la enseñanza, que fué infiel á la escuela. Hallábase, pues, á punto de romperse la cadena de oro, cuando fué puesto en la cátedra Isidoro de Gaza, íntimamente persuadido de la santidad de Proclo y del origen celeste de la ciencia teúrgica. Sin embargo, el ingenio y la erudición de Isidoro no igualaban á su celo: así, ora por conciencia de la insuficiencia de sus fuerzas, ora por inclinación, ora á causa de ver que aquella escuela iba perdiendo su crédito de día en día, se retiró á Egipto, donde el misticismo conservaba más adeptos.

Tuvo por sucesor á Zenodoto, luego á Damascio, que había estudiado cuanto entonces se sabía de las ciencias y tenía juicio bastante para evitar los peores delirios de los suyos.

Pero fué el último eslabon de la cadena hermética; porque mirando Justiniano aquella escuela como un foco de doctrinas hostiles al cristianismo y á la sociedad, mandó que se cerrara. Damascio se refugió á Alejandria; acogiéronse los demás filósofos cerca de Cosroes Nuschirvan, rey de Persia (529); pero no encontrando allí las liberalidades que les habían sido prometidas, regresaron á su patria y se diseminaron por diversos puntos. No solo desapareció con ellos su escuela, sino que hasta Platon fué olvidado, hasta el momento en que tornó á la luz en Italia por conducto de los griegos fugitivos delante de las cimitarras otomanas.

Este gran filósofo había sido objeto de un culto sin delirio por parte de Calcidio, quien comentó su *Timeo*; de Salustio, autor de un opúsculo titula-

do *De los dioses y del mundo*, que aunque pagano, apartó á Juliano del desígnio de perseguir á los cristianos; de Cesáreo, hermano de Gregorio Nacienceno, autor de ciento noventa y cinco preguntas y respuestas teológicas y filosóficas sobre pasajes de la Biblia; de Nemesio de Emesa, en fin, que escribió sobre la naturaleza del hombre una de las obras más acreditadas de aquel tiempo: mostróse allí versado en el conocimiento práctico de todos los filósofos, sirviéndose de sus doctrinas para esclarecer el dogma ó para sostenerlo, ayudado además en esta tarea por un estilo más castigado que el de sus contemporáneos.

Entretanto, la afición á la antigua filosofía se perdía hasta tal punto, que San Gerónimo exclamaba: «¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos hay ahora que conozcan los escritos y el nombre de Platon? Apenas se contarán algunos ancianos ociosos que se entretengan en un rincón con su lectura; á la par que nuestros apóstoles, hombres toscos, nuestros pescadores de hombres, son conocidos y citados en todo el universo.»

Historia.—En tiempos tan notables como aquellos en que una civilización espira, y en que otra llega á ocupar su puesto, no se halla nadie que trace sin lisonja ó sin odio, bajo su verdadero aspecto los pueblos invasores, y el carácter de los emperadores y de los magnates. Según sea un escritor idólatra ó cristiano, juzga á los demás con arreglo á su punto de vista, y ensalza hasta las nubes ó rebaja con menosprecio los mismos hechos en diversos individuos, según el bien ó el mal que hicieron á su partido.

¿Cómo contemplar con mirada firme los acontecimientos y narrar con orden y verdad tantos desastres en medio de aquella molición de las inteligencias, de aquel abatimiento de espíritus? ¿Qué confianza se podía tener en el día de mañana cuando el edificio social se desmoronaba á pedazos, sin que se pudiera preveer quien sería el que se levantaría sobre aquellas ruinas? Los bárbaros en sus movimientos perpétuos é irreflexivos no dejaban columbrar más que la agitación del caos, ó el impulso de un azar ciego é inexorable. Maldecir sus victorias era peligroso, cuando ya se les tenía encima: fuera cobardía celebrarlas; valía más enmudecer y cerrar los ojos.

Sexto Aurelio Víctor (369) hizo un árido resumen de los sucesos que habían tenido lugar desde Augusto hasta las victorias de Juliano en las Galias. También escribió las vidas de romanos ilustres y también de extranjeros, como de Antioco de Siria, Mitrídates, Aníbal, atribuidas á veces á Cornelio Nepote, á Plinio, á Suetonio y á otros. También compuso el *Origen de la nación romana*: era un extracto de Verrio Flaco, Anciates, Gneo Egnacio Verino, Fabio Pictor, Licinio, Macro, Varron, César, Tuberon y de los anales de los pontífices, que no va más allá del primer año de Roma; pero quizá sea el trabajo de algún gramático posterior, destinado á servir de introducción

á las demás obras de Aurelio. Juliano le decretó una estatua de bronce, honor envilecido porque fué prodigado, y le nombró gobernador de la Segunda Panonia. Teodosio le llamó en seguida á la prefectura de Roma.

Eutropio (364), que hizo la campaña de Persia con Juliano, escribió por orden de Valente un *Breviario* de la historia romana en diez libros, desde su origen hasta Joviano (370). Su estilo es fácil, sencillo y castigado, y se conoce allí el amor á la verdad, aunque el autor no tiene siempre bastante habilidad para segregar lo que es erróneo.

Sexto Rufo, compuso de orden de Valentiniano el *Breviario de las victorias y de las provincias del pueblo romano*, especie de estadística terminada por un opúsculo en que describe los monumentos y los edificios de Roma.

Se han perdido las obras de Proxágoras de Atenas, que aun siendo pagano, prodigó elogios á Constantino; de Eunapio, médico de Sardis, que se hizo detractor suyo; de Olimpodoro de Tebas, su continuador á partir desde el año 407 hasta el año 425; de Prisco de Panio, que escribió las guerras de Atila; y la *Historia omnimoda* desde Jesucristo hasta el año 430, dedicada por Flavio Lucio Dextro á San Gerónimo, quien le dedicó en cambio el catálogo de los escritores eclesiásticos. Eunapio escribió también la vida de los filósofos y sofistas; pero ignorando la filosofía, las noticias que suministró son sumamente escasas para dar á conocer el neoplatonismo. Todavía es menos sustancial el cuadro de los sabios ilustres por Hesiquio de Mileto.

Zósimo.—Así como Polibio había acometido la empresa de narrar los acontecimientos que constituyeron la grandeza de Roma, del mismo modo espuso Zósimo los que la arrastaron á su caída. Parte desde el reinado de Augusto, y después de haber recorrido rápidamente en su primer libro los tres primeros siglos del imperio, se estiende más acerca del cuarto en los tres libros siguientes. Sin embargo hasta aquí no hace más que compilar y reasumir con juicioso tino, conservando, á lo menos en el conjunto, la claridad en que estriba el principal mérito de los compendios. Se hace verdaderamente historiador en el libro quinto, en que narra la decadencia del imperio en tiempo de Honorio, Arcadio y Teodosio el Joven. Descuida malamente la cronología, si bien sabe escoger y coordinar los sucesos, remontarse á sus causas y señalar sus consecuencias: posee en fin el conocimiento de los hombres, y el de los resortes que les ponen en movimiento, así como á los gobiernos. Quizá al final, que no ha llegado á nosotros, resumía las causas diseminadas en la obra que produjeron la ruina del imperio. A sus ojos la principal es la caída de la idolatría: por esta razón se ensaña con los emperadores cristianos; y sirve en esto para corregir la excesiva devoción de los escritores eclesiásticos.

Amiano Marcelino, 320-399.—Amiano Marceli-

(1) Véase la pág. 303.

no (2), vástago de una buena familia de Antioquia, hizo la guerra en Mesopotamia y en la Galia, de 350 á 359; luego se retiró del servicio á la edad de cincuenta años, para pasar el resto de sus días en Roma. Allí escribió en latín, aun cuando era griego, los sucesos contemporáneos que había visto, con las cualidades y los defectos de un soldado que narra sin grande habilidad. Siempre le guía el buen sentido y el amor á la verdad, cuando no le estravia su adhesión á la religión antigua y á Juliano. Aunque bastante instruido, no se propone seguir tal ó cual modelo, ni piensa en convertir la historia en un ejercicio de retórica: antes por el contrario, conoce que la sencillez es el primer mérito del historiador, y le sacrifica toda pompa de estilo.

Los treinta y un libros de su relato abrazaban toda la historia del imperio desde el reinado de Nerva, en que termina Tácito su obra, hasta la muerte de Valente; pero solo nos quedan los diez y ocho últimos (352-378), en realidad los más importantes, puesto que no tenemos ningun historiador que hable de este período. A estilo de los cronistas se consagra á digresiones indigestas sobre los cometas y otros accidentes naturales, mientras que enmudece sobre circunstancias tan graves, que está uno tentado á creer que su trabajo nos ha llegado incompleto. Sabe manifestar como se encadenan los sucesos y se delinean los caracteres: por último, nos ha trasmitido preciosas noticias sobre los países y las costumbres que ha observado, especialmente sobre la Germania, donde residió muchos años. Sin ser favorable al cristianismo, no se muestra tampoco acre en contra suya, desaprobando igualmente las locuras místicas de Juliano, la intolerancia de Constancio y las infracciones de la primitiva disciplina que cometían algunos obispos.

Después de este último historiador profano no se encuentran más que cronistas y compiladores. Julio Esuperancio dejó un opúsculo sobre las guerras civiles de Mario, Lépido y Sertorio, quizá extractado de Salustio. Próspero de Aquitania escribió una crónica en dos partes: la primera, que comprende el mundo desde la creación hasta el año 378 de Jesucristo, está sacada de Eusebio: la otra se estiende desde la muerte de Valente hasta la toma de Roma por Genserico en 455. Idacio, obispo de Galicia, compuso también una crónica desde los tiempos de aquel emperador hasta el año 461, y trazó además los fastos consulares desde el año 265 de Roma, hasta el año 468 de Jesucristo. Acometió la empresa de continuar á San Jerónimo, y hasta el tercer año del reinado de Valentiniano no hace más que copiar á los mejores escritores: luego cuenta por sí mismo, como testigo de los hechos y actor en ellos, habiéndose encontrado muchas veces encargado en circunstancias

(2) AMMIANI MARCELINI *Rerum gestarum libri qui supersunt*: ed. Ernesti. Leipzig, 1773, en 8.º

muy críticas de misiones civiles, á semejanza de los demás obispos. Esparce no poca luz sobre los godos, sobre los suevos, y sobre toda la historia de España, que á no ser por él hubiera quedado muy oscura; y lo que es más raro entre los antiguos, observa la cronología, disponiendo los hechos por olimpiadas y según los años del reinado de cada soberano.

Obra importantísima para dar á conocer la condición política y civil del imperio después de Constantino, no menos que para el estudio del derecho, es la *Noticia de las dignidades civiles y militares del Oriente y del Occidente*. Es una especie de almanaque real en que están designados todos los empleos de los dos imperios. Parece haber sido compuesta entre los años 445 y 453, después de la ocupación de la diócesis de Iliria por los hunos, y antes de que hubieran destruido á Concordia y á Aquilea.

Aumentase la importancia de los autores eclesiásticos á medida que desaparecen los escritores profanos. Ya hemos nombrado (pág. 569) á Eusebio de Cesarea el primero y el más insigne de ellos. Su obra fué traducida al latín por Rufino, sacerdote de Aquilea, que añadiendo y quitando, le continuó hasta Teodosio el Grande. Filostorgio de Capadocia, instruido en la filosofía y en la astronomía, escribió también una historia eclesiástica desde el nacimiento del arrianismo, al cual propendía, hasta el año 425: es un resumen ampuloso, aunque útil. Se han perdido las historias de Felipe de Sida y de Hesiquio de Jerusalén. Gelasio el Joven bosquejó también las vicisitudes de la Iglesia desde el concilio de Nicea hasta la muerte de Constantino.

Sócrates escolástico poco versado en las materias teológicas, siguió primeramente la huella de Rufino: habiéndose después apercebido de que había tomado muy mal guía, recurrió á fuentes más puras; y sacó de ellas una obra juiciosa y de sencillo estilo (306-439). Fué refundida por Hermias Sozomenes, también abogado de Constantinopla, que juzgó con menos discernimiento, si bien la exposición es más elegante, y añadió algunas cosas de escaso interés, principalmente en lo concerniente á la vida de algunos anacoretas, de quienes se proclamaba admirador. Su historia comprende desde el año 324 hasta el 439, y ha sido continuada hasta principios del siglo sexto por Evagrius de Epifania, todavía más devoto.

Juan de Egea, el retórico Zacarias, el lector Teodoro, Leoncio de Bizancio, inferiores á los precedentes, tanto en mérito como en importancia, son poco posteriores á la época de que nos ocupamos.

Teodoreto, 387-458.—Teodoreto de Antioquia, orador, traductor, controversista, obispo de Ciro, condenado como hereje (449), admitido otra vez en la Iglesia, ha dejado una historia eclesiástica, que se estiende desde el año 325 hasta la muerte de Teodoro de Mopsuesta en 429. Escritor erudito, pinta con más amplitud que sus predecesores, evi-

tando los errores á que les había arrastrado su estrechez de miras. A invitación de Esporacio, comisario imperial en el concilio de Calcedonia, espuso todas las herejías en cinco libros: enumeró en el primero los que admiten más de un Dios y atribuyen al Hijo una naturaleza humana, solamente en cuanto á la apariencia: en el segundo los que combaten la divinidad de Cristo: en el tercero, seis herejías diversas; en el cuarto las últimas herejías desde Arrio hasta los nestorianos y pelagianos: el quinto es una exposición sucinta de la fe.

Además contó los milagros y las obras edificantes de treinta ermitaños (εὐδοκίμων ἱεροποιῶν), lo cual hizo también Paladio de Galacia, en su historia llamada Lausiaca, porque fué dedicada á Lauso.

Sulpicio Severo, 363-410?—Sulpicio Severo, nacido en Aquitania y convertido por San Martín, abandonó los triunfos del foro y la gloria literaria para escribir la vida de éste, y bosquejó en dos libros las vicisitudes de la religión desde el origen del mundo hasta el año 410 de Jesucristo. Aunque nada nos enseñe de nuevo, y aunque su piadosa credulidad sea nociva á su discernimiento, agrada por la pureza de su dicción y su tranquila sobriedad, que ha hecho se le dé el sobrenombre de Salustio cristiano.

Epifanio, 310-403.—Enlázase á la historia de las herejías la *Etiqueta médica* (πινάκιον) de San Epifanio, nacido en Palestina y obispo de Salamina: allí enumera ochenta de ellas, indicando el modo de aplicarles remedio. Veinté son anteriores á Cristo y están divididas en cinco categorías: el estado bárbaro, que duró hasta Noé: el escitismo, que continuó aun después de la construcción de Babel: el helenismo, es decir, la verdadera idolatría: el samaritanismo, subdividido en las herejías de los esenios, sebuenos, gortenarios y dositeos; por último, el judaísmo, que comprende á los saduceos, á los escribas, á los fariseos, á los hemerobaptistas, á los nazarenos, á los osenianos, á los herodianos. Sin computar las sesenta herejías posteriores á Cristo, nos limitaremos á decir que Epifanio no las combatió victoriosamente. Aunque atento á recoger todo lo que sus lecturas estremadamente variadas, le han proporcionado encontrar aquí y allí en una porción de obras, no sabe sujetar á un orden metódico sus materiales: por otra parte da prueba de poca exactitud en sus juicios, y á veces se engaña completamente. El mismo hace la *re-capitulación* (ἀνακεφαλαιώσεις) de su trabajo. Además ha dejado una obra *Sobre pesos y medidas* que carece de importancia.

Fué gloriosa para la Armenia esta edad señalada con el nombre de su grande historiador Moisés de Koren. Su contemporáneo fué David armenio, que floreció hacia el año 490, y que quizá fué discípulo de Proclo en las escuelas griegas, adonde Sahag y Mesrob, regeneradores de la Armenia, le habían mandado con algunos otros para aprender las doctrinas, con que tanto honraron á su patria. En los *Fundamentos de la filosofía* refuta el pirronis-

mo; debe ser colocado entre los mejores neoplatónicos, y es muy importante para la historia como testimonio de la ciencia difundida entonces por la Armenia.

Geografía.—No hizo ningun progreso la geografía, hermana de la historia. En el siglo III las paredes de la escuela de Autun estaban tapizadas con cartas geográficas (3), así como en lo antiguo se había pintado en el templo de Telo un mapa de Italia (4) y otro del mundo entero en uno de los magníficos pórticos de Roma (5). Frontino nos habla de cartas topográficas (6); Vegetio, de otras más estensas, que servían para los generales (7). Juliano Ticiano había hecho á principios del siglo III, una descripción de las provincias del imperio, que se ha perdido. En el décimo quinto año de su reinado, Teodosio (el Joven probablemente) mandó medir en su longitud y en su latitud las provincias del imperio (8); este trabajo sirvió para levantar un mapa del universo romano, mucho más exacto que el de Agripa.

Tabla de Peutinger.—Sepultáronlo los bárbaros en el olvido y así quedó hasta que Conrado Celtes en el siglo décimo quinto, halló en una biblioteca de Alemania un mapa de las vías romanas en doce hojas de pergamino, componiendo en total veinte y un pies y tres pulgadas de longitud por un pie de anchura. Fué adquirido por Conrado Peutinger, patricio de Ausburgo, ciudad á la sazón muy floreciente por el comercio y por los estudios; y de su biblioteca pasó á la imperial de Viena, conservando el nombre de *Tabla de Peutinger*. Meerman, después de haberla examinado, negó que fuera aquella la carta que había sido levantada por Teodosio (9), y dijo que no podía ser anterior al siglo de Carlomagno. Resultaba la prueba de esto de la escritura, que es del género llamado lombardo, y

(3) EUNENES, *Orat. pro restaur. scholis*, c. 19.

(4) VARRON, *De re rust.*, I, 2.

(5) PLINIO, *Hist. nat.*, III, 3, 14.

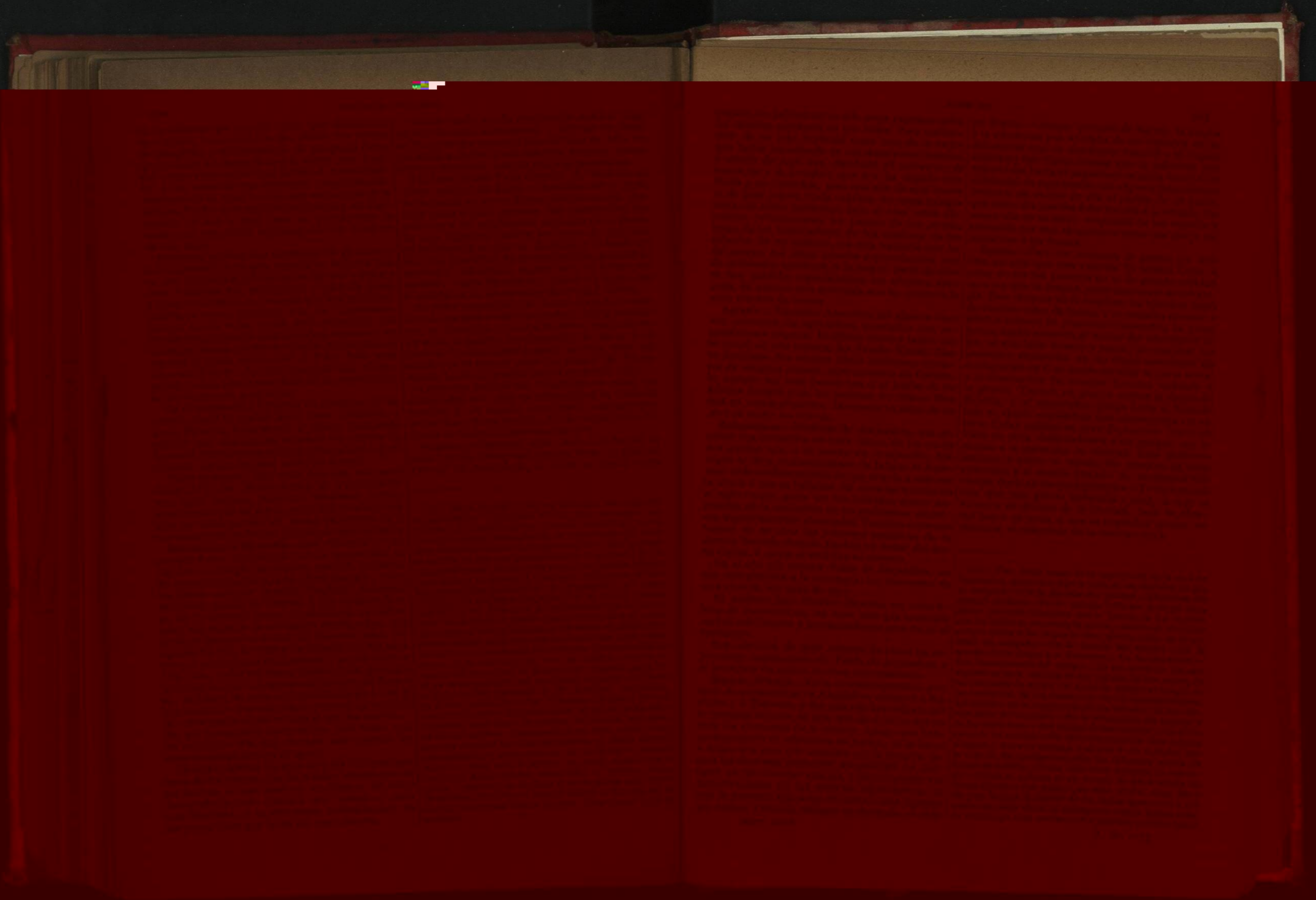
(6) *Script. rei milit.*, p. 28.

(7) *De re milit.*, III, 6.

(8) Así lo asegura Sedulio:

*Hoc opus egregium, quo mundi summa tenetur,
Æquora quo, montes, fluxus, portus, freta et urbes
Signantur, cunctis ut sit cognoscere promptum
Quidquid ubique latet, clemens genus, incluta proles,
Ac per secula totus quem vix noster capit orbis,
Theodosius princeps venerando jussit ab ore
Confici, ter quinis aperit cum fascibus annuum.
Supplices hoc famuli, dum scribit, pingit et alter,
Mensibus exiguis, veterum monumenta seculi,
In melius reparamus opus, culpamque priorem
Tollimus, ac totum breviter comprehendimus orbem.
Sed tamen hoc tua nos docuit sapientia princeps.*

(9) *Commentarius in epigramma anonymi vel potius Sedulii presbyteri, de tabula orbis terrarum, jussu Theodosii juv. imp. facta, in quo cum de illius, tum de peutingerianæ origine, ætate ac natura ex professo agitur*. Antología de Burman, tomo II. Muchos lo ignoraron y entre ellos Man-



Higinio, que escribió sobre la castramentación, no era tampoco un hombre de guerra. El tratado de Arriano sobre la *Táctica de los griegos* es una obra de las más importantes para el arte militar, así como su *Historia de Alejandro*, y la de la *Expedición contra los alanos*. Cuando en tiempo de Alejandro Severo se volvió a dar preferencia al arte militar griego, Eliano escribió también sobre la *Táctica de los griegos*, con más extensión, aunque sin derramar por esto más luces que Arriano, en atención á que lo que añade consiste en formaciones y en maniobras inútiles é inejecutables, ó en teorías desprovistas de buen sentido, por ser extraño al oficio de las armas.

Hemos hecho mención de las *Estratagemas* de Polieno nada más que como curiosas. Frontino, que le aventaja mucho por la elección y la disposición de las materias, se propone otra cosa muy distinta que ofrecer un sistema científico de la guerra. Sin embargo, como la conoce, juzga los hechos con buen sentido, se eleva desde los detalles á obser-

siado la falange para que el enemigo no la acometa.—Es necesario tener siempre tropas de reserva para acudir en socorro de las que están rendidas de cansancio y que más padezcan, y conviene además tener dispuestas las emboscadas.—Es útil que en medio del combate divulgue el general entre los suyos buenas noticias, aunque sean falsas.—Debe hacer de modo que los amigos se hallen junto á los amigos en las filas, y á aquellos que se conocen.—La orden de acometer ó de ejecutar una maniobra cualquiera debe ser dada por los lugartenientes del general ó por los oficiales generales.—Se deben añadir á las palabras señas militares.—Nunca deben abandonar los soldados sus filas, ya esté el ejército á pie firme, ya emprenda la retirada.—Nada debe descuidar el general á fin de que el ejército marche en batalla y en buen orden.—Es bueno que los soldados griten mientras pelean.—Antes de la batalla debe el general formar su plan con arreglo al del enemigo y señalar á cada oficial general su puesto.—Si el enemigo es fuerte en caballería, conviene escoger una posición difícil de tomar.—El general no debe arrostrar los peligros, ni comprometer su persona en las lides.—De las recompensas.—Del saqueo.—De los prisioneros de guerra.—Del enterramiento de los que sucumben en el campo de batalla, y de los medios con que conviene reparar las derrotas.—De las precauciones necesarias durante la paz.—Cómo se debe tratar á las ciudades tomadas y á los traidores.—De las sorpresas nocturnas, y de la utilidad de conocer para el buen éxito el curso de los astros.—Del modo de tomar una ciudad durante el día.—De los asedios y de las emboscadas de una ciudad sitiada.—Al final trata el autor los asuntos siguientes: El miedo es un falso profeta.—El general alentará á los soldados con el ejemplo.—De las máquinas de guerra para el asalto de una ciudad.—Cómo se puede continuar un asalto duplicando los esfuerzos.—Del reposo del general.—Los lugares considerados por los sitiados como inexpugnables darán con frecuencia ocasión de ganancia á los sitiadores.—Del empleo de las trompetas para un asalto.—Lo que debe hacer el general al tomar por asalto una plaza.—Cuando se quiere reducir á una ciudad al hambre, conviene dar libertad á los prisioneros de compleción endeble.—Conducta que debe observar el general después de la victoria.»

vaciones generales, clasifica los medios de que da cuenta. Por desgracia son algunas veces absurdos; y, como pertenecen á todos los tiempos y á todas las naciones, no revelan la fisonomía de ninguna época dada. Julio Africano suministró en sus *Cestos* nociones militares, que, sin valor alguno respecto de los tiempos anteriores, son buenas para el suyo, si es cierto que tuvo parte en los proyectos y en el armamento de Alejandro Severo contra los persas.

Vegecio.—Flavio Vegecio Renato fué el primero que trató dogmáticamente de la ciencia militar; dedicó al emperador Valentiniano II un *Epitome institutionum rei militaris*, extractado de diversos autores, que entonces existían acerca de la estrategia, tanto por tierra como por mar, y de los reglamentos de Augusto, de Trajano y de Adriano, «á fin de que los instructores de los soldados bisoños puedan restablecer el honor de los ejércitos romanos, degenerados y abatidos, con el ejemplo y la imitación de las antiguas virtudes.»

Hallando Adriano que la antigua legión se prestaba mal á las nuevas maniobras, recurrió al remedio vulgar de escoger los soldados más valerosos y obedientes para formar con ellos una cohorte de mil hombres, como si lo que no es bueno pudiera hacerse con fraccionarlo. Es probable que esta cohorte fuera colocada á la cabeza de la legión, y detrás seguían las otras nueve, dispuestas en tres líneas, lo cual facilitaba la formación del cuadro (*quadratum agmen*), de que se hacía uso con mucha frecuencia en las guerras de aquel tiempo contra la caballería, en la cual consistía la principal fuerza de los persas y de los árabes (12). Pero ya Vegecio se lamenta de que no subsiste la legión mas que en el nombre. Con efecto, tenemos visto que ya no se reclutaba sin gran trabajo; que convenía señalarla cantones voluptuosos, aliviar el peso de sus armas y hasta llenarla de extranjeros. Los legionarios, dice Vegecio, se dejaban matar, no como hombres, sino como brutos, mas bien que llevar armas de buena defensa.

Julio Africano, después de haber deplorado la negligencia de los soldados de su tiempo en las armas defensivas, continúa en los términos siguientes: «Si se pensara en proteger á los guerreros con corazas y cascos al estilo griego; si se les dieran largas lanzas; si se les ejercitara en disparar la javalina con más puntería, en combatir cuerpo á cuerpo, y en arrojarse en el momento oportuno sobre el enemigo, corriendo con todo su ímpetu para traspasar el alcance de los tiros, es seguro que los bárbaros no podrían oponer resistencia.»

(12) Enseñando Urbicio al emperador Anastasio cómo se puede defender la infantería contra la caballería, le aconseja colocar en cada ángulo del cuadro, caballos llevando máquinas, á que dá el nombre de *cañones*: eran maderas colocadas sobre un eje y con una aguda punta de hierro que se clavaba en el suelo, es decir, caballos de frisia.

Estas modificaciones fueron precisamente adoptadas en tiempo de Alejandro Severo, quien formó de soldados equipados de este modo una gran falange de seis legiones, más numerosa que lo había sido nunca la de los griegos.

Pero ya la astucia es substituída á la fuerza, y el mismo Julio emplea buena parte de su obra en indicar los medios de hacer sucumbir al enemigo sin trabar la pelea, envenenando las aguas, los víveres y hasta el aire, espantando á los caballos, tendiendo al enemigo lazos, á que tenía horror la antigua virtud romana. Aconseja también medios para sostener con intrepidez ora el ataque del enemigo, ora el hierro de los cirujanos; para este efecto no había cosa más eficaz que llevar encima, durante la refriega, una piedrecita hallada en el estómago de un gallo; también es bueno hacerse propicio el dios Pan, que inspira el terror pánico, y posee un gran poder para dar valor y para quitarlo.

Quando por el cambio de la constitución fué posible llegar á los primeros grados del ejército, sirviendo en la corte de los príncipes engolfados en el fausto asiático, disminuyó considerablemente la afición á las armas, y hubo necesidad de llenar de bárbaros las legiones, de proveerlas, ó más bien embarazarlas con máquinas: eran grandes cabrestantes, de los cuales uno disparaba dardos con ayuda de una ballesta que se montaba con una palanca: el otro piedras, ó balas de plomo y de hierro con separarse una pelota pequeña que los detenía (13). Se empezaron á dar máquinas á cada una de las legiones, cuando los campamentos en las fronteras tenían muchos puntos de semejanza con fortalezas; luego se hizo que acompañaran al ejército en sus marchas, y en tiempo de Vegecio, «cada centuria iba provista de una balista, servida por una sección de once soldados, y colocada sobre carros de ruedas, tirados por mulas.» De consiguiente cada legión contaba con cincuenticinco pequeñas y diez grandes por cohorte; lo cual debía contribuir en gran manera á que fueran menos rápidas las marchas y las evoluciones.

Vegecio (*De re militari*) expone con claridad y método, á estilo de Jenofonte. Sienta como principio que el arte aventaja á la naturaleza, y que los romanos debieron al ejercicio así como á sus instituciones el llegar á una superioridad que no habían recibido de la naturaleza. «No superaban en número á los galos, ni en agilidad á los españoles, ni en robustez á los germanos, ni en astucia á los africanos, ni en riqueza á los asiáticos, ni en sabiduría á los griegos; pero sabían mejor que todos

(13) Napoleón tuvo la curiosidad de hacer el ensayo de ellas en París, y encontró que el efecto era todavía muy inferior á lo que se había imaginado. Sin embargo, el padre Daniel había sostenido en su *Historia de la milicia francesa* que aquellas máquinas eran superiores á la artillería.

escoger buenos soldados, enseñarles la guerra por principios, aumentar su robustez con ejercicios cotidianos; prever todo lo que puede ser necesario en las diferentes clases de combates, de marchas, de campamentos, castigar á los cobardes, recomendar á los valientes. Aumentan el valor estas partes de la ciencia militar; nadie teme practicando lo que se ha aprendido á fondo; de aquí resulta que un pelotón bien dirigido y bien disciplinado sobrepasa á una tropa más numerosa que, teniendo menos disciplina y ejercicio, se halla expuesta á más mortífera derrota.»

Consiste la perfección del arte en escoger bien á los soldados, en ejercitarlos, en formarlos, en animarlos, en ofrecerles recompensas, estimularlos y hacerles temer el castigo; en darles un alimento saludable que conserva y aumenta las fuerzas físicas.

Vegecio pasa enseguida á los detalles de los diversos ejercicios para la cohorte, la centuria, la escuadra, el individuo. En el segundo libro se eleva á las ordenanzas superiores, y á los medios con cuya ayuda convenía encadenar á la bandera al soldado que no era voluntario: se le hacía, pues, jurar por Dios, por Cristo, por el Espíritu Santo y por la majestad del emperador; hacer de buen grado todo lo que se le mandaba por éste, no desertar, inmolar su vida por el imperio. Habíase introducido una gerarquía sin fin en el ejército, en el cual los títulos honoríficos daban testimonio del servilismo, y debían hacer al soldado litigioso é inquieto, para ascender de uno á otro de aquellos grados, que no se diferenciaban más que en el nombre.

En el libro tercero trata Vegecio de la formación de los ejércitos, de los medios de conservarlos en buen estado y en un buen espíritu, de las cualidades de los generales, del sostenimiento de la disciplina y de las diferentes señales; ocupándose además de las disposiciones que deben tomarse en los diferentes terrenos, del paso de los ríos y de los fenómenos naturales.

Habla en el libro cuarto de las fortificaciones; en el quinto de la marina; cosas que han sufrido actualmente sobradas alteraciones para que puedan ofrecer interés las antiguas reglas.

Diferenciábase la cohorte de su tiempo de la que se veía en tiempo de Adriano, en que se componía de dos líneas, de las cuales tenía dos filas la primera: una de los soldados pesadamente armados, otra de los arqueros cubiertos de hierro con lanzas y javalinas; detrás de ellos había dos hileras de vélites: luego una ringlera de máquinas para saetear, entre las cuales estaban los ballesteros y los honderos con los reclutas que no sabían manejar las armas: por último los *additi*, destinados á proteger las máquinas, se colocaban detrás de ellas, y más lejos, los triarios, para servir de reserva.

Vegecio reconocía siete órdenes de batalla. En el 1.º conserva el ejército su simetría primitiva y permanece paralelo al del enemigo, disposición sin arte ni cálculo, que es posible emplear cuando

se trata de acometer á todos los puntos de la línea opuesta. De este empeño de los dos ejércitos en toda su longitud resultará una gran carnicería, á menos que uno de ellos, más valiente y más numeroso, envuelva al otro por todas partes, poniendo término á la lucha de un solo golpe. Pero hasta cuando un ejército es superior al otro, debe evitar este orden de batalla, que obliga á una marcha general de frente, siempre difícilísima aunque sea en una llanura.

Consiste el 2.º orden en colocar á la derecha las mejores tropas, y en atacar con ellas, teniendo momentáneamente la izquierda fuera de tiro.

En el 3.º se manobra del mismo modo con el ala izquierda; ataque más débil porque ésta queda más descubierta, atendido el uso de los escudos.

En el 4.º atacan vivamente las dos alas y al mismo tiempo las del enemigo, á la par que va quedándose atrás el centro, lo cual forma una tenaza.

No se diferencia el 5.º del precedente más que en la disposición de las tropas ligeras, que cubren el centro mientras atacan las alas.

El 6.º, á que recurrieron los grandes generales cuando no fiaban en el valor ni en el número de sus tropas, consiste en atacar con la derecha la izquierda del enemigo, á la par que el resto se dispone en forma de asador ó sea de una Z.

El 7.º es el que se observa en una posición en que se quiere resistir á tropas más numerosas y valientes.

Facilmente se comprende cuan mal determinadas se encuentran estas distinciones.

Lo mejor que hay en Vegecio son las máximas generales que contienen principios seguros, y cuya utilidad no se ha perdido todavía. He aquí algunas de ellas:

«Cuanto más hayais ejercitado y disciplinado al guerrero en los cuarteles, menos peligro correréis en el campo.

«Nunca dispongais vuestras tropas en batalla campal sin probar antes su valor en las escaramuzas. Procurad sujetar al enemigo por el hambre, el terror, las sorpresas más bien que por las batallas, por que en estas últimas el azar entra por mucho.

«Segregad del enemigo cuantos más hombres os sea posible: recibid bien á todos los que lleguen á vuestras filas, pues ganaréis más atrayéndoos hombres que dándoles muerte.

«Después de una batalla, fortificad los puestos en vez de dispersar el ejército.

«El mejor designio es aquel que permanece oculto á los ojos del enemigo.

«Es más útil que el valor el arte de aprovecharse de las ocasiones en la guerra.

«Adquiere el ejército fuerzas en el ejercicio, en la inacción las pierde. Nunca guiéis los soldados á una batalla ordenada si no pueden prometerse la victoria.

«Rara vez sucumbe el que conoce y aprecia solamente sus propias fuerzas y las del enemigo.

«El valor sobrepuja al número; y una posición ventajosa supera al valor muchas veces.

«Maniobras siempre nuevas hacen á un general temible: se hace blanco del desprecio una manera de operar siempre uniforme.

«Aquel que deja que se diseminen los suyos en persecución de los fugitivos, merece perder la victoria.

«A medida que seais fuerte en infantería ó en caballería, buscad un campo de batalla favorable á una ó á otra arma, y parta el choque principal de aquella en que tengais más confianza.

«Deliberad con muchos lo que conviene hacer en general; decidid con cortísimo número, ó bien á solas, lo que debeis hacer en cada caso particular.

Jamás presentan batalla los grandes generales sino cuando son inducidos á ello por la necesidad ó por una ocasión propicia. Se necesita más ciencia para reducir al enemigo por el hambre que por el hierro.»

Está dedicada á Teodosio II otra obra titulada *De rebus bellicis*, que contiene diferentes nociones sobre hacienda.

Medicina.—Apenas se puede llamar ciencia á la medicina de aquel tiempo, tanto se pierde en encantamientos, en fórmulas órficas y pitagóricas, en figuras cabalísticas. Sexto Placito Papiense, autor de una colección indigesta de recetas para la preparación de medicamentos sacados de los animales, hasta de las partes más repugnantes, recomienda, para la curación de la cuartana, llevar encima un corazón de liebre. Enseña á prevenir los cólicos comiendo un perro acabado de nacer y cocido, ó á sentarse cuando empiezan en una silla agujereada diciendo: *Per te diacholon, diacholon, diacholon*. El que come tres violetas se halla preservado de toda enfermedad durante aquel año. Para curar á alguno de una fiebre aguda, conviene cortar un pedazo de la puerta por cuyo umbral haya pasado un maniaco y decir: *tollo te, ut ille N. febribus liberetur*.

Marcelo de Sida, en Panfilia, ha dejado un poema en exámetros sobre la licantropía, y otro sobre los medicamentos extraídos de los pescados. También escribieron en verso sobre la medicina los dos Serenos Sammonicos, padre é hijo. Vindiciano, conde de los arquiatres de Valentiniano I, obtuvo una gran celebridad; pero solo nos queda suya una carta al frente de la obra de Marcelo Empírico de Burdeos, médico de Teodosio. Este hizo una colección de recetas físicas y filactricas, á fin de que sus hijos las aplicaran de una manera caritativa: pero la buena intención no cohonestó lo absurdo de la obra (14). Prescribe los días pre-

(14) Si en el ojo de alguno ha entrado algun cuerpo extraño, conviene tocar el órgano afectado repitiendo tres

cisos en que se deben preparar los medicamentos, las oraciones que se deben decir al principio del año y al oír el primer canto de las golondrinas, así como el modo de emplear el *rhamnus spina Christi*, cuyas propiedades son milagrosas, porque fué uno de los instrumentos de la Pasión del Redentor.

Oribaso, médico de Juliano, é instigador de las prácticas supersticiosas, hizo á invitación de este príncipe extractos de obrar antiguas, pero lo poco que nos queda de él no añade nada á lo que ya se sabía. Por lo demás se extiende en los ejercicios corporales en uso entre los antiguos, y sobre la educación física que se debe dar á los niños, recomendando lo que jamás será bastante repetido, fortificar el cuerpo antes de cultivar el entendimiento, dejar reposar el espíritu hasta la edad de siete años, y confiarle entonces á maestros: llegar á la edad de catorce años para la enseñanza de la gramática y de la geometría. A partir desde este momento quiere que los jóvenes estén sin cesar ocupados, á fin de que el aguijón del amor no se deje sentir en ellos desde muy temprano.

De esta época poseemos una introducción á la anatomía, modelada aunque no calcada sobre Aristóteles. Se ha pretendido hallar en un escrito de

veces: *Talune resonco bragan gresso*, escupiendo cada vez que se repite, ó bien: *In moder comarco axatison*: Si se tiene un orzuelo en el ojo derecho, tóquese con tres dedos de la mano izquierda, escupiendo y diciendo tres veces: *Nec mula parit, nec lapis lanam fert, nec huic morbo caput crescat, aut si creverit tabescat*. Para el panadizo tocad tres veces el muro pronunciando estas palabras: *Pu, pu, pu; nunquam ego te videam; per parietem repere*. Para los cólicos decid tres veces: *Stolpus a celo cecidit; hunc morbum pastores invenerunt, sine manibus collegerunt, sine igne coxerunt, sine dentibus comederunt*; ó bien se deben grabar en una lámina de oro con estos caracteres:

α	*	M	Θ	R	J	A
α	*	M	Θ	R	J	A
α	*	M	Θ	R	J	A

Nemesio, obispo de Emesa, sobre la naturaleza de hombre, un pasaje en que se indica la circulación de la sangre, cuando quizá el autor no entendía hablar más que del vínculo general que existe en las arterias, las venas y los nervios (15).

Celio Aureliano de Sicca, en Numidia, que vivía en el siglo III, ha dejado un libro de las enfermedades crónicas, y otro de las afecciones agudas: estas dos obras extractadas de los autores griegos, son sumamente toscas, y sin embargo, son preciosas por darnos á conocer la medicina metódica, como también el esmero particular con que la parte diagnóstica está tratada en ellas.

Bajo Teodosio II escribió Teodoro Prisciano en latín y en griego un *Emporiston* de las enfermedades fáciles de curar: el *Lógicus* sobre los síntomas de las enfermedades crónicas y agudas: el *Ginecion* sobre las enfermedades de las mujeres, y un *Phy-sicorum liber* sobre los experimentos de física.

Un Vegecio trató de la medicina veterinaria (*mulomedicina*), y Gargilio Marcial, de las enfermedades de los bueyes, extendiéndose sobre toda la economía rústica.

Un libro atribuido equivocadamente á C. Plinio Valeriano, lleva el título de *Medicina pliniana*.

Después de Constantino hubo arquiatres palatinos, frecuentemente condecorados con el título de condes de primera clase, y después del siglo V elevados á la misma categoría que los duques ó vicarios. Valentiniano II ordenó que cada uno de los catorce barrios de Roma tuviera un médico elegido por siete de sus compañeros.

(15) Véase el pasaje de que Almelveen se ha servido tanto contra Harvey (*Inventa nova antiqua*. Amsterdam, 1684): Διαστελλομένη μὲν ἡ ἀρτερία ἐν τῶν παρακειμένων φλέβων ἔλκει τῆ βία τὸ λεπτὸν αἷμα, ὅπερ ἀναθυμιάμενον τροφή γίνεται τῷ ζωτικῷ πνέματι. συστελλομένη δὲ τὸ αἰθαλώδες τὸ ἐν αὐτῇ κενεῖ διὰ παντὸς τοῦ σώματος καὶ τῶν ἀόγων πόρον.